

LECTIO DIVINA

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

(16 de marzo 2025)

Gn 15,5-12. 17-18

Sal 26

Fil 3,17-4,1

Lc 9,28-36

TEMA

Las lecturas de este domingo tienen como tema principal la fe. Durante la Cuaresma estamos invitados a revitalizar nuestra fe, a confiar en Dios y en sus propuestas con los ojos cerrados. Puede ser que, a la luz de la lógica humana, los caminos que Dios nos señala parezcan extraños e ilógicos; pero sin duda conducen a la vida verdadera y eterna.

La primera lectura nos presenta a Abraham, modelo del creyente. Él confió completamente en Dios, incluso cuando sus promesas parecían inverosímiles; y no se fue decepcionado. Con Abraham estamos invitados a “creer”, es decir, a vivir en una actitud de confianza total, de acogida radical, de abandono total a los designios de este Dios que no defrauda y es siempre fiel a sus promesas.

En el Evangelio, Jesús pide a sus discípulos que confíen en él y se atrevan a seguirlo en el camino hacia Jerusalén. Este camino, aunque pasa por la cruz, conduce a la resurrección, a la vida nueva y eterna. A los discípulos reticentes y asustados, Dios confirma la verdad de la propuesta de Jesús: «*Éste es mi Hijo, mi Elegido. “Escúchenlo.”* Es una propuesta que también estamos invitados a abrazar.

En la segunda lectura, Pablo de Tarso pide a los cristianos de la ciudad de Filipos no limitarse a una experiencia religiosa hecha de prácticas externas y gestos vacíos. Los verdaderos creyentes son aquellos que viven con los ojos puestos en el Señor Jesús, quien “transformará el cuerpo de la humillación nuestra para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”. Los filipenses y los cristianos de todos los tiempos y lugares deben caminar hacia Él sin dudar, firmes en la fe y guiados por la Buena Nueva de la salvación.

Génesis 15,5-12. 17-18

En aquellos días, Dios sacó a Abram de su casa y le dijo: “Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes”. Luego añadió: “Así será tu descendencia”.

Abram creyó lo que el Señor le decía y, por esa fe, el Señor lo tuvo por justo. Entonces le dijo: “Yo soy el Señor, el que te sacó de Ur, ciudad de los caldeos, para entregarte en posesión esta tierra”. Abram replicó: “Señor Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?” Dios le dijo: “Tráeme una ternera, una cabra y un carnero, todos de tres años; una tórtola y un pichón”.

Tomó Abram aquellos animales, los partió por la mitad y puso las mitades una enfrente de la otra, pero no partió las aves. Pronto comenzaron los buitres a descender sobre los cadáveres y Abram los ahuyentaba.

Estando ya para ponerse el sol, Abram cayó en un profundo letargo, y un terror intenso y misterioso se apoderó de él. Cuando se puso el sol, hubo densa oscuridad y sucedió que un brasero humeante y una antorcha encendida, pasaron por entre aquellos animales partidos.

De esta manera hizo el Señor, aquel día, una alianza con Abram, diciendo:

“A tus descendientes doy esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates”.

Palabra de Dios.

AMBIENTE

La primera lectura de hoy forma parte de un bloque de textos que recibe el nombre genérico de “**tradiciones patriarcales**” (cf. Gn 12-36). Se trata de un conjunto de informes únicos, originalmente independientes entre sí, sin mucha unidad y sin carácter de documento histórico. En estos capítulos aparecen, de manera indiferenciada, “mitos de origen” (que describen la “toma de posesión” de un lugar por parte del patriarca del clan), “leyendas de culto” (que cuentan cómo un dios se había aparecido en ese lugar al patriarca del clan), relatos sobre las vicisitudes cotidianas de los clanes nómadas que circulaban

por Palestina durante el segundo milenio, e incluso reflexiones teológicas posteriores destinadas a presentar a los creyentes israelitas modelos de vida y de fe.

Los clanes a los que se hace referencia en las “tradiciones patriarcales” –notablemente los de Abraham, Isaac y Jacob, grupos vagamente relacionados que más tarde, en una fase posterior de la historia, aparecen vinculados por lazos “familiares”– viajaban de un lugar a otro en busca de pastos para sus rebaños.

Llevaban consigo muchos sueños y expectativas. Soñaban con encontrar una tierra fértil y con abundante agua, donde pudieran establecerse y descansar, escapando de los peligros e incertidumbres de la vida nómada. También soñaban con tener una familia fuerte y numerosa que perpetuara la “memoria” de la tribu y se impusiera a sus enemigos. El dios ancestral que protegía a la tribu y la guiaba a lo largo de sus viajes era la realización potencial de este ideal.

La primera lectura del segundo domingo de Cuaresma nos sitúa precisamente en este escenario. Abraham, uno de los patriarcas de estos clanes nómadas, hablando con Dios, menciona su decepción porque su vida está llegando a su fin y aún no tiene un hijo que perpetúe su nombre. La herencia que dejará, todo lo que ha construido, irá a parar a un siervo, un tal Eliezer, de Damasco (cf. Gn 15,2-3). Conocemos los contratos del siglo XV a. C. que parecen iluminar esta realidad: estipulan que, en caso de falta de hijos, el amo puede adoptar un esclavo; y él, a su vez, se compromete a dar a su amo un entierro adecuado. Quizás sea esta costumbre a la que alude el texto. ¿Qué tendrá que decirle Dios a su siervo Abraham?

MENSAJE

Dios reitera a Abraham la promesa que le había hecho cuando lo invitó a dejar su tierra y su familia (cf. Gn 12,2: «*Haré de ti una gran nación*»): tendrá un hijo, un descendiente que continuará su linaje (cf. Gn 15,4). Luego, invitando a Abraham a salir de la tienda (o, quizás, del santuario donde tuvo lugar la visión descrita), Dios añade: “*Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Así será tu descendencia*” (Gn 15:5).

Después de la garantía de Dios, el narrador deja a Abraham contemplando en silencio el cielo estrellado y se dirige al lector comunicándole sus propios juicios teológicos (cf. Gn 15,6): Abraham «*creyó en el Señor, y le fue contado por justicia*» (Gn 15,6). Abraham, a pesar del retraso en el cumplimiento de la promesa de Dios, no retiró su fe, su plena confianza en Dios. La fe (la palabra usada en el texto hebreo es el verbo “*aman*”, que significa “estar firme”, “ser leal”, “creer plenamente”) de la que se habla aquí traduce una actitud de confianza total, de aceptación radical, de abandono completo a los planes de Dios; la “justicia” es un concepto relacional, que expresa un comportamiento correcto respecto a una relación comunitaria existente: aquí significa el reconocimiento de que Abraham se comportó correctamente en su relación con Yahvé, confiando plenamente en Dios y aceptando sus planes sin ninguna duda o discusión.

Habiendo definido la “calidad” de la “fe” de Abraham, Dios añade un elemento que, en el contexto de los relatos patriarcales, normalmente aparece incluido en la “promesa”: la garantía de una tierra (cf. Gn 15,7). Dios, este Dios que envió a Abraham desde Ur de los caldeos y lo condujo a la tierra de Canaán, a su debido tiempo cumplirá todos los sueños de su siervo Abraham. Dios es fiel, no defrauda a quienes confían en él. La confianza de Abraham en Dios no será frustrada.

En la segunda parte del relato presentado por los catequistas de Israel (y que la liturgia de este día no recoge en su totalidad), se hace referencia a una ceremonia misteriosa, a menudo asociada a compromisos entre dos personas o entidades: la celebración de un rito de “alianza” (cf. Gn 15,9-17). El ritual antes mencionado, conocido en esta o similar forma entre numerosos pueblos antiguos, sellaba el compromiso entre los socios unidos por la “alianza”. Se sacrificaban animales (en este caso, “un novillo de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y una paloma– Gn 15:9), los animales eran cortados por la mitad y las dos mitades eran colocadas cara a cara; quien firmaba el pacto pasaba entre las dos mitades de los animales sacrificados y pronunciaba una especie de maldición contra sí mismo, en caso de que fuera responsable de romper el pacto. Al presentar la “alianza” entre Dios y Abraham según el modelo que, en los compromisos humanos, garantizaba la máxima firmeza contractual, el catequista bíblico subraya la idea de un compromiso solemne e irrevocable que Dios asume con Abraham. La promesa de Dios queda así plenamente garantizada.

Notemos un último detalle: Dios no le exigió nada a Abraham a cambio, ni tampoco Abraham tuvo que pasar por los animales muertos (sólo Dios pasó por el “fuego ardiente”). La promesa de Dios a Abraham es pues completamente gratuita e incondicional. La fidelidad de Dios es una realidad irrevocable, sea cual sea la actitud del hombre.

ACTUALIZACION

- Abraham es presentado, no sólo en este relato, sino en varios otros pasajes de las tradiciones patriarcales, como el hombre que confía completamente en Dios. Su vida se acaba, su esposa Sara es estéril y ya no tiene edad para ser madre, el nacimiento de un hijo que asegure su descendencia parece cada día más improbable; pero Abraham, contra toda lógica humana, confía en Dios y en sus promesas. Pone toda su vida y toda su esperanza en las manos de Dios, convencido de que Dios nunca le defraudará. Abraham es el creyente ideal, el modelo para los creyentes de todas las épocas. Desde Abraham hasta nuestros días han transcurrido casi cuatro mil años. Desde entonces hemos recorrido un largo camino, siempre acompañados por la mirada paterna y maternal de Dios. Además: asistimos a la escuela de Jesús; y Jesús nos enseñó a confiar en Dios como un niño pequeño confía en su “papá”. Después de todo esto ¿en qué nivel está nuestra confianza en Dios? ¿Estamos siempre dispuestos –incluso en situaciones que no comprendemos o que contradicen nuestra lógica y nuestras ideas preconcebidas– a ponernos en manos de Dios, a confiar en sus planes, a adherirnos a sus propuestas?

- El Dios que se revela a Abraham es un Dios que se compromete con el hombre y cuyas promesas son garantizadas, gratuitas e incondicionales. Él no cumple sus promesas sólo si nosotros cumplimos las nuestras: Dios cumple sus promesas incluso si escogemos seguir caminos de egoísmo y autosuficiencia, ignorando las instrucciones que Él nos da. Con paciencia y amor de Padre, Dios insiste en venir a nosotros y mostrarnos los caminos que conducen a la vida y a la salvación. ¿Qué efectos tiene esta fidelidad de Dios en el desarrollo de nuestras vidas? ¿Es algo en lo que no pensamos, ante lo cual permanecemos indiferentes, o es algo que nos ayuda a construir nuestra existencia con serenidad y confianza? ¿Vemos la fidelidad de Dios como un “cheque en blanco” que podemos usar para hacer lo que queramos, o como algo que nos compromete y nos invita a caminar con Dios?

- La catequesis de Israel presenta siempre a Abraham como un hombre en diálogo permanente con Dios. Abraham comparte con Dios sus sueños y esperanzas, sus dificultades en la lucha diaria de la existencia; pero también escucha a Dios, acepta sus instrucciones, vive al ritmo de las propuestas de Dios. Quizás esta descripción que los catequistas de Israel hacen de su patriarca es un tanto idealizada; pero muestra a los creyentes israelitas –y a nosotros también– que la vida debe vivirse en diálogo permanente con Dios. En un tiempo de Cuaresma, de conversión, de regreso a Dios, tal vez esta sea una sugerencia que podamos considerar. ¿Estamos dispuestos, en este tiempo de Cuaresma, a dar más espacio al diálogo con Dios, a la escucha de Dios?

Salmo 26

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién voy a tenerle miedo?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién podrá hacerme temblar? R.

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

Oye, Señor, mi voz y mis clamores
y tenme compasión;
el corazón me dice que te busque
y buscándote estoy. R.

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

No rechaces con cólera a tu siervo,
tú eres mi único auxilio;
no me abandones ni me dejes solo,
Dios y salvador mío. R.

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

La bondad del Señor espero ver
en esta misma vida.
Ármate de valor y fortaleza
y en el Señor confía. R.

Filipenses 3,17-4,1

Hermanos: Sean todos ustedes imitadores míos y observen la conducta de aquellos que siguen el ejemplo que les he dado a ustedes. Porque, como muchas veces se lo he dicho a ustedes, y ahora se lo repito llorando, hay muchos que viven como enemigos de la cruz de Cristo. Esos tales acabarán en la perdición, porque su dios es el vientre, se enorgullecen de lo que deberían avergonzarse y sólo piensan en cosas de la tierra.

Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos que venga nuestro Salvador, Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo miserable en un cuerpo glorioso, semejante al suyo, en virtud del poder que tiene para someter a su dominio todas las cosas.

*Hermanos míos, a quienes tanto quiero y extraño: ustedes, hermanos míos amadísimos, que son mi alegría y mi corona, manténganse fieles al Señor. **Palabra de Dios***

AMBIENTE

La ciudad de Filipos, situada en el este de Macedonia, era una ciudad próspera con una población compuesta principalmente por veteranos del ejército romano. Organizada a la manera de Roma, estaba fuera de la jurisdicción de los gobernantes de las provincias locales y dependía directamente del emperador. Gozaba de los mismos privilegios que las ciudades de Italia y sus habitantes tenían la ciudadanía romana. Pablo llegó a Filipos hacia el año 49 o 50, durante su segundo viaje misionero, acompañado por Silas, Timoteo y Lucas (cf. Hch 16,1-40). De su predicación nació la primera comunidad cristiana en suelo europeo.

La comunidad cristiana de Filipos era una comunidad entusiasta, generosa, comprometida, siempre atenta a las necesidades de Pablo y del resto de la Iglesia (como en el caso de la colecta para la Iglesia de Jerusalén – cf. 2 Co 8,1-5). Pablo tenía un afecto especial por los cristianos de Filipos; y los filipenses, a su vez, tenían a Pablo en alta estima. A pesar de todo, la comunidad cristiana de Filipos no era perfecta: los altivos patricios romanos de Filipos tenían algunas dificultades para adoptar ciertos valores como el desapego, la humildad y la sencillez.

Pablo escribe a los filipenses en un momento en que estaba en prisión (no sabemos si en Cesarea, Roma o Éfeso). Los filipenses le habían enviado, por medio de un miembro de la comunidad llamado Epafrodito, cierta cantidad de dinero para que Pablo pudiera proveer a sus necesidades. En la carta, Pablo agradece a los filipenses su preocupación por él (cf. Flp 4,10-20); les insta a permanecer fieles a Cristo y a encarnar los valores que marcaron la vida de Cristo.

El texto que se nos propone como segunda lectura forma parte de un largo desarrollo (cf. Flp 3,1-4,1), en el que Pablo pone en guardia a los filipenses para que se cuiden de los «perros», de los «malos obreros», de los «falsos circuncidados» (cf. Flp 3,2). ¿Quiénes son estas personas a las que Pablo se refiere de manera tan poco delicada? Se trata, muy probablemente, de cristianos de origen judío (“judaizantes”) que, apegados a sus tradiciones religiosas, exigían a los cristianos el pleno cumplimiento de la Ley de Moisés. En el tiempo de Pablo, estos judeocristianos, con sus reivindicaciones e intolerancia, crearon alarma y perplejidad en las comunidades cristianas del mundo helenístico. Confundieron a los cristianos, crearon conflictos y cuestionaron la esencia de la fe. Las duras palabras de Pablo resultan de su indignación al ver las acciones de estas personas. Pablo estaba convencido de que la vida cristiana no es el cumplimiento de ritos externos, como los ritos de la Ley; pero es la adhesión a la propuesta gratuita de salvación que Dios nos hace en Jesús. que podemos considerar..

MENSAJE

Pablo, al pasar por la ciudad de Filipos, anunció el evangelio de Jesús a los filipenses. Él fue como un “entrenador” para ellos, que los preparó para el desafío de la vida cristiana. Por su parte, Pablo es consciente de que aún no ha alcanzado su objetivo; sabe que su carrera continúa, hacia la meta que es el encuentro con el Señor Jesús (cf. Fil 3, 12-14). ¿Qué pasa con los filipenses? Pablo les invita a tener los mismos sentimientos que él y a seguir corriendo hacia Cristo (cf. Fil 3,15-16).

Pablo pide a los filipenses que, en su “carrera”, sigan las instrucciones que Pablo les dejó (“Sean todos ustedes imitadores míos y observen la conducta de aquellos que siguen el ejemplo que les he dado

a ustedes” – Fil 3,17). Hay otros “entrenadores” que han aparecido recientemente en Filipos y que pretenden dirigir la “carrera” de los filipenses: son los “judaizantes” que pretenden imponer a los cristianos las prácticas de la Ley de Moisés. Se presentan con arrogancia y pretenden tener pleno conocimiento de Cristo y su propuesta de salvación. Pero desprecian a Pablo y le acusan de haber anunciado un evangelio truncado, incompleto y falso. Pablo los considera “enemigos de la cruz de Cristo” (Fil 3,18) y teme que causen gran daño a quienes acepten sus exigencias (“su fin será la perdición” – Fil 3,19).

Estos “judaizantes”, a pesar de presentarse como dueños de la verdad, son gente descarriada, que vive con la mirada puesta en la tierra. Pablo usa la ironía para caracterizarlos: “*porque su dios es el vientre, se enorgullecen de lo que deberían avergonzarse y sólo piensan en cosas de la tierra.*” (Fil 3:19). De hecho, pasan el tiempo discutiendo qué alimentos son limpios y cuáles son inmundos, según un complicado código legal heredado de Moisés (“*porque su dios es el vientre*”) y hacen de la circuncisión una cuestión fundamental para su fe (“*se enorgullecen de lo que deberían avergonzarse*”: aquí la palabra “*vergüenza*” es un término para designar los órganos sexuales). Viven, pues, de un modo absolutamente “bajo”, con la mirada puesta en las realidades de este mundo. Pablo, en cambio, quiere que sus amados hijos de Filipos vivan con la mirada puesta en el cielo, en la “ciudad” donde todos están llamados a caminar para encontrar al Señor Jesús (Flp 3,20). Es esta realidad la que señala Pablo, el “entrenador” de los filipenses.

Después de esta advertencia de Pablo, las cosas quedan claras. Los filipenses y los cristianos de todos los tiempos y lugares saben que deben permanecer «firmes en el Señor» (Flp 4,1), corriendo, al ritmo del Evangelio, hacia la meta final, su destino definitivo.

ACTUALIZACION

- Los “judaizantes” que denuncia Pablo en la Carta a los Filipenses reducían la fe a la observancia de ciertas prácticas externas y ritualistas, que provenían de las tradiciones y de la cultura de un pueblo, pero que contribuían poco o nada a acercar a los creyentes a Dios. Mientras ponían el pie en cosas sin importancia, terminaron dejando en un segundo plano lo que era esencial. Se trata de una “tentación” que se presenta a cada paso del camino del creyente: reducir la experiencia de la fe a un conjunto de cosas “tangibles”, que se realizan mecánicamente, que se “despachan” en un instante y que no implican grandes “inversiones”. Cumplidos los gestos previstos por la ley, el creyente se siente bien con Dios y con su propia conciencia y evita lo que es verdaderamente exigente: el cambio de corazón, el compromiso con Jesús y el Evangelio, la aceptación de los desafíos siempre nuevos de Dios. ¿Cómo vivimos nuestra fe? ¿Nos limitamos a seguir ciertas prácticas religiosas tradicionales o buscamos llegar al fondo de las cosas y encontrar la manera de acercarnos verdaderamente a Dios? En este tiempo de Cuaresma, por ejemplo, ¿a qué damos más importancia: a los “ayunos” y a las “abstinencias” previstas por la tradición de la Iglesia, o a la conversión, al cambio de vida, a la escucha más atenta de Dios, al seguimiento de Jesús?

- La expresión que usa Pablo para hablar de los “judaizantes” – “*porque su dios es el vientre, se enorgullecen de lo que deberían avergonzarse y sólo piensan en cosas de la tierra*” – nos hace pensar en personas, religiosas o no, que viven con la mirada fija en las realidades bajas y banales y descuidan las realidades imperecederas: son personas que se limitan a “disfrutar el momento”, sin ningún horizonte de eternidad; son personas que sólo se preocupan por su propio bienestar y viven indiferentes al destino de los demás hombres y mujeres; son personas que intentan dar una buena imagen de sí mismos, aunque esa imagen no corresponda a quienes son; se trata de personas que se limitan a cumplir lo estipulado por alguna ley (como aquellos “judaizantes” que conocieron los filipenses), pero se pierden lo esencial, lo que les hace más libres y lo que podría dar un sentido más pleno a su vida... ¿Cómo nos posicionamos ante esto? ¿Vivimos “a largo plazo”, con horizontes limitados, o nos comprometemos a construir una vida centrada en las cosas verdaderas y eternas?

- Pablo considera la vida como una carrera de larga distancia hacia una meta que es el encuentro con Cristo Jesús. Él es consciente de que mientras camine sobre la tierra, la carrera no habrá terminado: tiene que seguir luchando para alcanzar la meta final. Paulo tiene razón: no podemos, en un momento dado, detenernos a disfrutar de nuestros logros, convencidos de que todo ya está hecho y consolidado. En cada paso de nuestra vida debemos renovar nuestra opción por Dios y continuar nuestros esfuerzos hacia

la vida nueva y eterna. ¿Somos personas complacientes, convencidas de que ya hemos “corrido” bastante y que ahora podemos vivir de nuestros ingresos, o somos personas que, día a día, paso a paso, buscamos aceptar los desafíos siempre nuevos de Dios y responder a lo que Dios espera de nosotros?

Lucas 9,28-36

En aquel tiempo, Jesús se hizo acompañar de Pedro, Santiago y Juan, y subió a un monte para hacer oración. Mientras oraba, su rostro cambió de aspecto y sus vestiduras se hicieron blancas y relampagueantes. De pronto aparecieron conversando con él dos personajes, rodeados de esplendor: eran Moisés y Elías. Y hablaban de la muerte que le esperaba en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño; pero, despertándose, vieron la gloria de Jesús y de los que estaban con él. Cuando éstos se retiraban, Pedro le dijo a Jesús: “Maestro, sería bueno que nos quedáramos aquí y que hiciéramos tres chozas: una para ti, una para Moisés y otra para Elías”, sin saber lo que decía.

No había terminado de hablar, cuando se formó una nube que los cubrió; y ellos, al verse envueltos por la nube, se llenaron de miedo. De la nube salió una voz que decía: “Éste es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo”. Cuando cesó la voz, se quedó Jesús solo.

Los discípulos guardaron silencio y por entonces no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.

Palabra de Dios.

AMBIENTE

Estamos al final de la “etapa de Galilea”; Durante este período, Jesús anunció la salvación a los pobres, proclamó la libertad a los cautivos, devolvió la vista a los ciegos, liberó a los oprimidos y proclamó el tiempo de la gracia del Señor (cf. Lc 4,16-30). Alrededor de Jesús ya se había formado este grupo de quienes aceptaron la oferta de salvación (los discípulos). Testigos de las palabras y de los gestos liberadores de Jesús, descubrieron que Jesús es el Mesías de Dios (cf. Lc 9,18-20).

Sin embargo, “unos ocho días antes” de la escena de la transfiguración, los discípulos habían quedado perplejos cuando Jesús les anunció el futuro cercano: “*el Hijo del hombre debe padecer mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser asesinado y resucitar al tercer día*” (Lc 9,21-22). Los discípulos quedaron asombrados: el camino que Jesús se proponía seguir pasaba por el sufrimiento y la muerte (había hablado también de la resurrección; pero esta referencia debió pasar desapercibida para ellos porque, en aquel momento, no sabían realmente lo que significaba). ¿Era éste el horizonte de Jesús? Esto no era lo que esperaban cuando decidieron caminar con él. Para empeorar las cosas, Jesús les pidió entonces que se negaran a sí mismos, tomaran su cruz y lo siguieran en el camino del don de la vida hasta la muerte (cf. Lc 9,23-26).

Es natural que todo esto dejara a los discípulos inquietos e indecisos. Ante esta situación, Jesús consideró que había llegado el momento de revelarles el sentido del camino que querían seguir. Luego llamó a Pedro, Santiago y Juan —el “núcleo duro” de ese grupo— y los invitó a subir con él a una montaña. Ese día y en esa montaña encontrarían algunas respuestas a las preguntas que los inquietaban.

El texto no identifica el “monte” al que fueron Jesús, Pedro, Santiago y Juan. Sin embargo, la tradición habla del monte Tabor, una montaña de 588 metros de altura, situada en medio de la llanura de Jezreel, cubierta de robles, pinos, cipreses, lentiscos y plantas silvestres. Tabor había sido, en la antigüedad, un lugar sagrado para el pueblo cananeo.

Literalmente, el relato de la transfiguración es una teofanía, es decir, una manifestación de Dios. Por eso, el autor del relato pondrá en el cuadro todos los ingredientes que, en el imaginario judío, acompañan a las manifestaciones de Dios (y que encontramos casi siempre presentes en los relatos teofánicos del Antiguo Testamento): la montaña, las apariciones, las vestiduras “de una blancura deslumbrante”, la nube, la voz que viene del cielo e incluso el miedo de quien presencia el encuentro con lo divino. Esto significa lo siguiente: no estamos ante un relato exacto de los acontecimientos, sino ante una catequesis (construida según el imaginario judío) destinada a confirmar la verdad de la propuesta de Jesús.

MENSAJE

Jesús, acompañado de Pedro, Santiago y Juan, subió al “monte”. Lucas es el único de los evangelistas que introduce, en el relato de la subida “al monte”, el tema de la oración (v. 28): Jesús “*subió a un monte para hacer oración*” (Lc 9,28). Es un rasgo típico del Evangelio según Lucas: Jesús, a lo largo de su vida, pero especialmente en los momentos más decisivos, siente la necesidad de hablar con el Padre. Fue a través de este diálogo que percibió más claramente la voluntad del Padre y encontró la fuerza para cumplir la misión que el Padre le confió.

La narración de lo ocurrido aquel día en aquella montaña se construirá a partir de elementos simbólicos tomados del Antiguo Testamento. ¿Qué elementos son estos?

La montaña nos sitúa en un contexto de revelación: es siempre en una montaña donde Dios se revela; y, en particular, es en un monte (Sinaí) donde Él hace un pacto con Su Pueblo y entrega a Moisés las tablas de la Ley.

El cambio de aspecto de su rostro y su vestidura “blanca y resplandeciente” recuerdan el esplendor de Moisés cuando bajó del Sinaí (cf. Ex 34,29), después de haber encontrado a Dios y haber recibido las tablas de la Ley. Además, el blanco es el color de Dios: indica que estamos en el ámbito de lo divino.

Moisés y Elías, las dos figuras del Antiguo Testamento que aparecen también en la escena de la transfiguración de Jesús, representan la Ley y los Profetas (que anuncian a Jesús y nos permiten comprenderlo); se trata, además, de personajes que, según la catequesis judía, deberían aparecer en el «**día del Señor**», cuando se manifestaría la salvación definitiva (cf. Dt 18,15-18; Mal 3,22-23). Lucas es el único de los evangelistas que nos dice que Moisés y Elías “hablaron de la muerte (“*éxodo*”) de Jesús, que estaba por suceder en Jerusalén” (v. 31). La palabra “*éxodo*”, usada aquí por Lucas, cumple dos funciones: alude a la “salida” de los hebreos de Egipto, hacia la libertad y una vida nueva, por una parte; y, por otro lado, es un eufemismo que se utiliza a menudo para hablar de la muerte. Lo que ocurrió aquel día en aquel monte sirve para ayudar a los discípulos a comprender que la muerte cercana de Jesús, su paso hacia el Padre, completará el antiguo *éxodo* y proporcionará la liberación definitiva del Pueblo de Dios.

Otros elementos componen el escenario de la catequesis sobre la transfiguración... El “sueño” de los discípulos (v. 32) es simbólico: “duermen” porque no quieren comprender que la “gloria” del Mesías debe pasar por la experiencia de la cruz y la donación de la vida. Las “tiendas” (v. 33) que Pedro se propone construir (en alusión a la “fiesta de los tabernáculos”, en la que se celebraba el tiempo del *éxodo*, cuando el Pueblo de Dios vivía en “tiendas, en el desierto”) significan que los discípulos querían detenerse en ese momento de revelación gloriosa, de fiesta, ignorando el destino de sufrimiento de Jesús. El “miedo” que se apodera de los discípulos es la reacción habitual del hombre ante la manifestación de la grandeza, de la omnipotencia y de la majestad de Dios (cf. Ex 19,16; 20,18-21). La nube (v. 34), a su vez, indica la presencia de Dios: en la nube Dios se escondió y desde la nube Dios condujo a su Pueblo a lo largo del camino a través del desierto, hacia la Tierra Prometida (cf. Ex 40,34-35; Nm 9,18.22; 10,34).

Pero el elemento más significativo es, sin duda, “la voz” que viene de la “nube” (el espacio donde está escondido Dios). Esta “voz” se dirige a los discípulos y declara solemnemente: “**Éste es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo**”. Dios mismo “presenta” a Jesús y garantiza que Él es “el Hijo” que vino al encuentro de los hombres con un mandato del Padre. Y el testimonio de Dios sobre Jesús se completa con un imperativo: “escúchenlo”. Se advierte entonces a los discípulos que deben escuchar y aceptar las instrucciones de Jesús, sin más vacilaciones ni temores, en cada paso del camino.

Sobre toda la escena, iluminándola, se cierne la luz gloriosa de la resurrección. La gloria de Dios que se manifiesta en Jesús, las “*vestiduras blancas resplandecientes*” (que recuerdan las vestiduras resplandecientes de los dos hombres que, en la mañana de Pascua, se aparecieron a las mujeres que habían ido a buscar a Jesús al sepulcro – cf. Lc 24,4) apuntan en esta dirección. Los discípulos están invitados a mirar más allá de la cruz y descubrir que al final del camino de Jesús no hay fracaso, sino resurrección, vida plena, victoria sobre la muerte.

Lucas, siguiendo lo que ya había hecho Marcos (cf. Mc 9,2-10), tomó todos estos elementos y los utilizó para construir su catequesis. En ella, Jesús es presentado, ante todo, como el Hijo, el Elegido, en quien se manifiesta la gloria del Padre. No es un visionario aquel que vive en la ilusión y que no tiene los pies en la tierra; tampoco es un revolucionario sediento de protagonismo que se aprovecha, en beneficio

de su proyecto político, de un grupo de discípulos ingenuos... Jesús es el Hijo de Dios, enviado a los hombres para proponerles la salvación y la Vida verdadera. Todo lo que Él dice y propone está de acuerdo con el plan salvífico de Dios. Los discípulos deben escucharle, tomar en serio sus indicaciones, incluso cuando propone un camino de muerte, de entrega de la vida hasta las últimas consecuencias (cf. Lc 9,23-25).

Jesús es también, según esta catequesis, el Mesías liberador y salvador esperado por Israel, anunciado por la Ley (Moisés) y los Profetas (Elías). Él vino a cumplir las promesas que, a lo largo de la historia de la salvación, Dios hizo a su Pueblo.

Finalmente, Jesús es el nuevo Moisés, Aquel a través del cual Dios da a su Pueblo la nueva ley y mediante el cual propone a los hombres una nueva Alianza. De la acción liberadora de Jesús, el nuevo Moisés, nacerá un nuevo Pueblo de Dios. Guiados por Jesús, este Pueblo caminará por el desierto de la cruz y de la muerte hasta llegar a la Tierra Prometida, donde encontrarán Vida en abundancia.

Lucas termina su relato diciendo que los discípulos “guardaron silencio” y que en aquellos días no contaron a nadie lo que habían visto en aquel monte (v. 36). Es probable que sólo más tarde, después de la resurrección de Jesús, los discípulos comprendieran lo que habían experimentado en el Monte de la Transfiguración. Pero, desde entonces, aquel “momento” con Jesús fue una inyección de esperanza para los discípulos. Les dio el estímulo que necesitaban para seguir a Jesús en el camino a Jerusalén.

Comentario del texto:

En los dos capítulos precedentes del Evangelio de Lucas, se impone la novedad traída por Jesús y crecen las tensiones entre el Nuevo y el Antiguo Testamento. Al final, Jesús se da cuenta que ninguno había entendido su propuesta y mucho menos su persona. La gente pensaba que fuese como Juan el Bautista, Elías o cualquiera de los Profetas (Lc 9,18-19). Los discípulos lo aceptaban como el Mesías, pero como un Mesías glorioso, según la propaganda del gobierno y de la religión oficial del Templo (Lc 9,20-21). Jesús trató de explicar a los discípulos que el camino previsto por los profetas era un camino de sufrimiento, por el papel asumido hacia los marginados, y el discípulo podía ser tal, sólo si tomaba su cruz (Lc 9,22-26). Pero no tuvo mucho éxito.

- Y en este contexto de crisis, es cuando sucede la Transfiguración. En los años treinta la experiencia de la Transfiguración tuvo un significado muy importante en la vida de Jesús y de los discípulos. Les ayudó a superar la crisis de fe y a cambiar los propios ideales respecto al Mesías. En los años ochenta, época en la que escribe Lucas para sus comunidades cristianas de Grecia, el significado de la Transfiguración se intensificó y se propagó. A la luz de la resurrección de Jesús y de la expansión de la Buena Nueva entre los paganos en casi todos los países, desde la Palestina hasta Italia, la experiencia de la Transfiguración comenzaba a ser vista como una confirmación de la fe de las Comunidades Cristianas en Jesús, Hijo de Dios. Los dos significados están presentes en la descripción e interpretación de la Transfiguración, en el evangelio de Lucas

• Lucas 9,28: El momento de crisis

Varias veces Jesús había entrado en conflicto con las gentes y con las autoridades religiosas y civiles de la época (Lc 4,28-29; 5,20-21; 6,2-11; 7,30-39; 8,37; 9,9). Él sabía que no le permitían hacer aquello que estaba haciendo. Antes o después, lo detendrían. Además, en aquella sociedad, el anuncio del Reino, como lo hacía Jesús, no estaba tolerado. ¡O daba marcha atrás, o le esperaba la muerte! No había otra alternativa. Pero Jesús no retrocede. Por esto en el horizonte aparece la cruz, no ya como una posibilidad, sino como una certeza (Lc 9,22). Junto a la cruz aparece la tentación de continuar el camino del Mesías Glorioso y no el de Siervo Sufridor Crucificado, anunciado por el profeta Isaías (Mc 8,32-33). En esta hora difícil, Jesús sube a la montaña para orar, llevando consigo a Pedro, Santiago y Juan. En la oración encuentra la fuerza para no perder la dirección de su misión (cfr Mc 1, 35).

• Lucas 9,29: El cambio que tiene lugar durante la oración

Apenas Jesús ora, su aspecto cambia y aparece glorioso. Su rostro cambia de aspecto y su vestido aparece blanco y refulgente. Es la gloria que los discípulos imaginaban para el Mesías. Este cambio de aspecto les demostraba que Jesús, de hecho, era el Mesías que todos esperaban. Pero lo que sigue del episodio de la

Transfiguración indicará que el camino hacia la gloria es muy diverso del que ellos imaginaban. La transfiguración será una llamada a la conversión.

• **Lucas 9,30-31: Dos hombres aparecen y hablan con Jesús**

Junto a Jesús, en la misma gloria aparecen Moisés y Elías, los dos mayores exponentes del Antiguo Testamento, que representaban la Ley y los Profetas. Hablan con Jesús del “éxodo” que debería llevar a cumplimiento en Jerusalén”. Así, delante de sus discípulos, la Ley y los Profetas confirman que Jesús es verdaderamente el Mesías Glorioso, prometido en el Antiguo Testamento y esperado por todo el pueblo. Además, confirman que el camino hacia la Gloria pasa por la vía dolorosa del éxodo. El éxodo de Jesús es su Pasión, Muerte y Resurrección. Por medio de su “éxodo” Jesús rompe el dominio de la falsa idea divulgada, sea por el gobierno como por la religión oficial y que mantenía a todos enmarcados en la visión de un Mesías glorioso nacionalista. La experiencia de la Transfiguración confirmaba que Jesús con su opción de Mesías Siervo constituía una ayuda para liberarlos de sus ideas falsas sobre el Mesías y descubrir un nuevo significado del Reino de Dios.

• **Lucas 9,32-34: La reacción de los discípulos**

Los discípulos estaban profundamente dormidos. Cuando se despertaron, pudieron ver la gloria de Jesús y los dos hombres que estaban con Él. Pero la reacción de Pedro indica que no se dieron cuenta del significado de la gloria con la que Jesús aparecía delante de ellos. Como nos sucede también tantas veces, sólo nos damos cuenta de lo que nos interesa. El resto escapa a nuestra atención. “*Maestro, bueno es estarnos aquí*”. ¡Y no queremos descender de la montaña! Cuando se habla de Cruz, tanto en el Monte de la Transfiguración, como en el Monte de los Olivos (Lc 22,45), ¡ellos duermen! ¡A ellos les gusta más la Gloria que la Cruz! No les agrada oír hablar de la cruz. Ellos desean asegurar el momento de la gloria en el Monte, y se ofrecen para construir tres tiendas. Pedro no sabía lo que decía. Mientras Pedro habla, una nube desciende de lo alto y les envuelve con su sombra. Lucas dice que los discípulos tuvieron miedo cuando la nube los envolvió. La nube es un símbolo de la presencia de Dios. La nube acompañó a la muchedumbre en su camino por el desierto (Ex 40, 34-38; Num 10,11-12). Cuando Jesús subió al cielo, fue cubierto por una nube y no lo vieron más (Act 1,9). Una señal de que Jesús había entrado para siempre en el mundo de Dios.

• **Lucas 9,35-36: La voz del Padre**

Una voz sale de la nube y dice: “*Este es mi Hijo, mi Elegido, escúchenlo*”. Con esta misma frase el profeta Isaías había anunciado al Mesías-Siervo (Is 42,1). Después de Moisés y Elías, ahora es el mismo Dios quien presenta a Jesús como Mesías-Siervo, que llegará a la gloria mediante la cruz. Y nos deja una advertencia final: “¡Escúchenlo!”. En el momento en el que la voz celeste se hace sentir, Moisés y Elías desaparecen y queda Jesús solo. Esto significa, que de ahora en adelante es sólo Él, el que interpreta las Escrituras y la Voluntad de Dios. Es Él la Palabra de Dios para los discípulos: “¡Escúchenlo!”.

La afirmación “Este es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo e” era muy importante para las comunidades de finales de los años ochenta. Por medio de esta afirmación, Dios Padre confirmaba la fe de los cristianos en Jesús como Hijo de Dios. En el tiempo de Jesús, o sea, hacia los años 30, la expresión Hijo del Hombre indicaba una dignidad y una misión muy elevada. Jesús mismo relativizaba el término y decía que todos son hijos de Dios (cfr Jn 10,33-35). Pero para pocos el título de Hijo de Dios se convirtió en el resumen de todos los títulos, más de ciento, que los primeros cristianos dieron a Jesús en la segunda mitad del siglo primero. En los siglos siguientes, fue en este título de Hijo de Dios, donde la Iglesia concentró toda su fe en la persona de Jesús.

Más profundización:

• La Transfiguración se narra en los tres evangelios: Mateo (Mt 17,1-9), Marcos (Mc 9,2- 8) y Lucas (Lc 9,28-36). Señal de que este episodio recogía un mensaje muy importante. Se trató de una ayuda muy grande para Jesús, para sus discípulos y para las primeras comunidades. Confirmó a Jesús en su misión en cualidad de Mesías-Siervo. Ayudó a los discípulos a superar la crisis que la cruz y el sufrimiento les causaban. Llevaba a las comunidades a profundizar en su fe en Jesús, Hijo de Dios, Aquél que reveló el Padre y que se convirtió en la nueva clave para interpretar la Ley y los Profetas. La Transfiguración continúa siendo una ayuda para superar las crisis que el sufrimiento y la cruz nos producen hoy. Los

discípulos soñolientos son el espejo de todos nosotros. La voz del Padre se dirige a ellos, como a nosotros: “¡Este es mi Hijo, mi Elegido, ¡escúchenlo!”

- En el evangelio de Lucas existe una semejanza muy grande entre la Transfiguración (Lc 9,28-36) y la escena de la Agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos (Lc 22,39- 46). Se puede percibir lo siguiente: en los dos episodios, Jesús sube a una Montaña para orar y lleva consigo a sus tres discípulos, Pedro, Santiago y Juan. En las dos ocasiones, Jesús cambia de aspecto y se transfigura delante de ellos: glorioso en la Transfiguración, sudando sangre en el Huerto de los Olivos. Las dos veces aparecen figuras celestiales para confortarlo, Moisés y Elías y un ángel del cielo. Y tanto en la Transfiguración como en el Huerto, los discípulos duermen, se muestran extraños al hecho y parece que no entienden nada. Al final de los dos episodios, Jesús se reúne de nuevo con sus discípulos. Sin duda alguna, Lucas tuvo la intención de acentuar la semejanza de estos episodios. ¿Cuál sería? Y meditando y rezando llegaremos a entender el significado que supera las palabras, y a percibir la intención de su autor. El Espíritu Santo nos guiará.
- Lucas describe la Transfiguración. Hay momentos en la vida en los que el sufrimiento es tan grande que una persona llega a pensar: ¡Dios me ha abandonado! Y de improviso la persona descubre que Él jamás se ha alejado, sino que la persona tenía los ojos vendados y no se daba cuenta de la presencia de Dios. Entonces todo cambia y se transfigura. ¡Es la Transfiguración! Sucede cada día en nuestra vida.

ACTUALIZACION

*En este segundo domingo de Cuaresma, hagamos también nosotros la experiencia de subir a la montaña con Jesús... Mientras subimos, podemos hablar con Él y, con toda sinceridad, contarle nuestras dudas e inquietudes. Podemos decirle que a veces nos sentimos perdidos y desanimados por la forma en que está construido nuestro mundo; podemos decirle que el camino que Él nos señala es duro y exigente y que no sabemos si tendremos el valor de recorrerlo hasta el final; podemos incluso decirle, quizás con algo de vergüenza, que a veces dudamos de Él y corremos tras otras apuestas, más cómodas, más atractivas y menos arriesgadas... Y, después de haberle dicho todo esto, dejemos que Jesús nos hable, que nos explique su plan, que nos renueve su desafío... Y prestemos también atención a la voz de Dios que nos asegura: «Miren, este Jesús que he enviado a su encuentro es mi Hijo, mi elegido, aquel a quien he confiado el proyecto de un mundo más humano y más fraterno... les confirmo la verdad del camino que Él les propone. Escúchenlo, vayan con Él, acepten sus propuestas e indicaciones, aunque tengan que remar contra corriente. El camino que Él les indica puede pasar por la cruz, pero conduce a la verdadera Vida, a la resurrección». ¿Es con estas actitudes que somos seguidores de Jesucristo?

*Éste es mi Hijo, mi Elegido: escúchenlo”. Es cierto: necesitamos escuchar más y mejor a Jesús. Cuando lo “escuchamos”, es decir, cuando oímos lo que Él nos dice, cuando acogemos sus instrucciones en nuestro corazón y cuando tratamos de llevarlas a cabo en nuestra vida, comenzamos a ver todo bajo una luz más clara. Comenzamos a darnos cuenta de cuál es la manera más humana de enfrentar los problemas de la vida y los males de nuestro mundo; tomamos conciencia de los grandes errores que puede cometer el ser humano y descubrimos las soluciones que Dios nos señala... Escuchar a Jesús puede curarnos de nuestra ceguera secular, de los prejuicios que nos impiden aceptar la novedad de Dios, de los miedos que nos paralizan; escuchar a Jesús puede liberarnos del desánimo y de la cobardía y abrir nuestro corazón a la esperanza. ¿Escuchar a Jesús está en el centro de nuestra experiencia de fe? En nuestras comunidades cristianas, ¿dejamos suficiente espacio para escuchar a Jesús?

*El tiempo de Cuaresma es un tiempo propicio para la conversión, la transformación y la renovación. Nos invita a cuestionar nuestra manera de mirar la vida, los valores que priorizamos, las elecciones que hacemos, nuestras certezas y apuestas, nuestros intereses y proyectos... ¿Qué necesito cambiar yo, personalmente, en mi modo de pensar y de actuar, para llegar a ser un discípulo coherente y comprometido, que sigue a Jesús en el camino del amor llevado hasta sus últimas consecuencias, hasta la donación total de sí mismo?

*Es cierto que, para muchos de nuestros contemporáneos, el camino propuesto por Jesús no parece muy apasionante... No garantiza bienestar, ni bienes materiales, ni triunfos, ni reconocimiento, ni fama, ni poder, ni tranquilidad, ni ningún otro valor que muchos de los hombres y mujeres de nuestro

tiempo consideran fundamental para que sus vidas tengan algún sentido. Sin embargo, nosotros, discípulos de Jesús, creemos que sólo el amor —el amor vivido como servicio, como don de sí, al estilo de Jesús— da sentido a la vida; creemos que construir un mundo nuevo, más humano, más sano, más verdadero, depende de acoger y vivir las propuestas de Jesús. ¿Qué podemos hacer para contagiar a nuestros hermanos nuestro entusiasmo por Jesús y su proyecto de un mundo nuevo?

*Pedro, Santiago y Juan, testigos de la transfiguración de Jesús, parecen tener pocas ganas de “bajar a la tierra” y enfrentarse al mundo y a los problemas de los hombres. Proponen hacer tres tiendas de campaña y quedarse en lo alto de esa colina, donde todo parece tan fácil y tan indoloro. Representan a quienes viven con la mirada puesta en el cielo, alejados de la realidad concreta del mundo, sin deseos de intervenir para renovarlo y transformarlo. Sin embargo, ser seguidor de Jesús nos obliga a “volver al mundo” para testimoniar a los hombres, incluso contra corriente, que la auténtica realización está en el don de la vida; nos obliga a sumergirnos en el mundo, en sus problemas y dramas, para hacer nuestra contribución al surgimiento de un mundo más justo y feliz. ¿Abrazamos nuestra conexión con Dios, no como una droga que nos adormece, sino como un compromiso con Dios que se realiza en el esfuerzo por construir un mundo más justo, más humano y más amoroso?